

## EL AVE DEL VALLE

Entona tu letrilla  
Y canta sin cesar ave del valle,  
En cántiga sencilla  
Tu triste voz se ensaye  
Desde que el alba en el oriente raye.

Y remontando el vuelo  
Del alto monte hasta la cumbre altiva  
Que se avecina al cielo,  
Suelta la voz cautiva  
Y en torno se derrame fugitiva.

En torno se derrame,  
Y estremeciendo el aire blandamente  
Oyéndote se inflame  
La tórtola inocente  
Y á par de ti suspire tristemente.

Que sepan lejas tierras  
El eco al escuchar de tu garganta  
Que en estas hondas sierras,  
Entre aspereza tanta,  
Hay una ave trisísima que canta.

Ensayo sin descanso  
Tu canción inocente y lastimosa  
Orillas del remanso,  
Ó de la selva hojosa  
Bajo la sombra espesa y deleitosa.

Cantando solitaria  
Aduerme la ansiedad que te fatiga;  
Entona tu plegaria  
Bajo la sombra amiga  
Que grata teje la flotante espiga.

Que vives condenada  
A recitar tu pena y tus quimeras  
Del valle en la enramada,  
Sin que tus compañeras  
Respondan á tus quejas lastimeras.

Mas ¡ay, calla infelice!  
¿Ese silencio de la selva umbría,  
Acaso no te dice  
Que tu áspera armonía  
No dá al prado placer ni alegría el día?

¿Tú de todas las aves  
Que llenan dulces la floresta hermosa,  
Con sus gorjeos suaves

La menos melodiosa  
Sola, en las ramas trinarás quejosa?

La lóbrega tristeza  
Que reina por do quiera, ave del valle,  
Verás con entereza  
Sin que tu voz desmaye,  
Sin que á su influjo tu garganta calle.

¡Oh! calle tu garganta:  
Que no llegue tu acento á las ciudades,  
Que si tu voz no encanta  
En estas soledades  
Do están tu amor; tu dicha y tus deidades;

Si lánguida, abatida,  
En alas vuela de la brisa mansa,  
Y es solo repetida  
En triste lontananza  
Por los ecos que halagan tu esperanza;

¿Á qué esforzar el tono  
Y que llegue del hombre á las mansiones,  
Si en ellas el encono  
De miserables pasiones  
Obstruye y cierra el paso á tus canciones?

Reposa dulcemente  
Orillas de la fuente encantadora,  
No sea que imprudente  
En vez de ave cantora  
El grajo vil despiertes á deshora.

Y si ha de responderte  
El lobo astuto con su aullido fiero;  
Si has de escuchar por suerte  
El buitre carnívoro  
En vez de los compases del jilguero;

Ó si has de oír medrosa  
De la serpiente el áspero silbido  
Ó de la vil raposa  
El disonante aullido,  
Antes dormita en reposado olvido.

Dormita y recogiendo  
Tu plumaje gentil de cien colores,  
Sin voz y sin estruendo  
Oculta tus dolores,  
Si es tu queja importuna y tus clamores.

## EL SUSPIRO

¿De dónde viene el íntimo suspiro  
Que el pecho exhala en serie continuada?  
No es la expresión del alma enamorada  
Que quimeras de amor ya no deliro.

No es la ilusión liviana y pasajera  
De un esperado bien. Yo nada espero.  
Voló el placer dulcísimo, hechicero,  
Con los delirios de la edad primera.

No es la miseria ruin de adusto ceño.  
Yo vivo en el solaz, en la abundancia,  
Y en el aura respiro la fragancia  
De flores mil en apacible ensueño.

Tal vez es el hastío que entre el ruido  
Del placer vano del estéril mundo  
Nos influye un gemido hondo, profundo,  
Por un nuevo placer desconocido.

No sé lo que será, mas yo padezco  
Una oculta ansiedad desconocida:  
No sé lo que será, mas es mi vida  
Insulso un don que á veces no apetezco.

No sé lo que será: solo me place  
Lejana voz de alguno que suspira,  
Y si las cuerdas pulso de mi lira  
Solo su amargo son me satisface.

Vanamente el deleite mover quiere  
Del alma usada el lánguido resorte:  
Á un suspiro mortal su linda corte  
Huye del alma que en su angustia muere.

Si esos que en el espacio se revuelven,  
Inmensos mundos asombrado admiro,  
Detras la admiración viene el suspiro,  
Y mis enfados la ilusión disuelven.

Ya vea lucir el disco refulgente  
Del magnífico sol al levantarse,  
Ya de vapor blanquísimo al velarse  
Su paso tornasole en Occidente;

Ya brille en el zenit como el diamante  
De la corona inmensa de la tierra,  
Siempre el enfado el corazón me cierra,  
Siempre suspira el pecho delirante.

Ya mire el mar que manso se dilata  
Cual la visión azul de una laguna,

Ya desparrame en él la blanca luna  
Su misteriosa luz de limpia plata.

Ya el horizonte oscuro, encapotado,  
El rayo surque en ondulado giro,  
Al labio ¡ay Dios! asómase el suspiro  
Cuando el primer asombro ha terminado.

¿Qué me importa la gracia, la hermosura,  
El pie gentil, la lánguida mirada,  
Si la dulce ilusión está gastada  
De la mujer por la inconstancia dura?

¿Qué importa que descienda en espirales  
Por la lucida espalda el luengo pelo,  
Si un recuerdo de ayer transforma en hielo  
Y del amor apaga los fanales?

¿Qué me importa la báquica algazara  
Que aturde del salón el ancho techo  
Si yo arrancar no puedo de mi pecho  
El dardo agudo de mi angustia rara?

¿Qué me importa la turba que contenta  
Corre por calles, plazas y jardines,  
Y de ninfas el coro que en festines  
Y en danza alegre su donaire ostenta?

¿Qué me importa el placer en que se embriaga  
El pobre iluso que se cree querido?  
¡Oh! déjale gozar su bien mentido;  
Vendrá un mañana que su error deshaga.

Entonces mirará cual yo la miro  
Oscuro el porvenir negro y vacío,  
Y á lo presente indiferente y frío  
Suspirará también cual yo suspiro.

¡Oh sensación oculta, incomprensible,  
Que abate el corazón, tenaz y activa!  
¿Quién eres tú, fantasma fugitiva,  
De forma y de color indefinible?

Siento el influjo poderoso, interno,  
Que tienes sobre mí; visión errante;  
Miro tu sombra opaca y vacilante,  
Oigo tu voz mas nunca te discierno.

Si eres amor que vienes en mi daño,  
Aléjate de mí, déjame en paz,  
Que tu linda ilusión no veré mas  
Por el mágico prisma del engaño.

Si eres la imagen vaporosa, incierta,  
De un quimérico bien que nunca gozo,  
Pues no te he de abrazar, deja en reposo  
Mi inquieta vida á la esperanza muerta.

Si ambicion eres con la faz de rosa  
Y el corazon repleto de amargura,  
Pasa, y no turbe tu vision impura  
Mi paz profunda y libertad dichosa.

Si eres la duda que á agitarme vienes,  
¡Oh! yo no dudo, no; que el ancho espacio  
Es la corona excelsa de topacio  
Con que Dios ciñe sus augustas sienas.

Si eres una ilusion que ya he perdido,  
Deja que en paz un solo instante goce;

Deja que el corazon sin tí repose  
Y abismate en la noche del olvido.

Si eres la gloria espléndida, halagüeña,  
Cual te concibe mi embriagada mente,  
Ven, y suspire el pecho eternamente  
Por un favor de tu vision risueña.

Que tienes un altar en mi memoria  
Donde un culto te rindo ardiente y vivo,  
Y estas humildes líneas que yo escribo  
Tributos son para halagarte ¡oh gloria!

Ven, virgen divinal: ven, que yo mire  
Cerca de mí tu fúlgida hermosura,  
Y aunque no ciñas tú mi sien oscura  
Mírete yo y el corazon suspire.

### PARA UN ALBUM

Fué un tiempo, señora (aun era yo niño)  
En que era mi vida risueña, un pensil.  
En que eran mis sueños mas blancos que armiño,  
Mas lindos que el cielo del plácido Abril.

Do quiera que atentos vagaban mis ojos,  
Hallaban, felices, un blando placer:  
Jamás los enfados, jamás los enojos  
Mis sueños de niño pudieron romper.

En lecho mullido de candidas rosas,  
Pasaba mis dias en dulce embriaguez:  
Aun no amenazaban entonces furiosas  
Las negras pasiones mi quieta niñez.

Mas vino del tiempo la mano inclemente;  
Yo niño y dormido, llegar no la ví:  
Los dedos helados me puso en la frente  
Y al frígido tacto los ojos abrí.

Sentí de repente funestos temores:  
Revuelta, deshecha, mi cuna encontré,  
Marchitas las rosas, ajadas las flores,  
Y yernas llanuras hollaba mi pié.

Hablé, mas no tuvo ni un eco mi acento;  
En hondos desiertos mi voz espiró.  
Canté, mas mi canto perdióse en el viento,  
Y solo un gemido mi voz contestó.

Sin eco los montes, sin voz ni armonia  
Deshecha mi cuna, marchita mi flor,  
Sin fuente sonora, perdido, sin guia  
Busqué entre los hombres un mundo mejor.

Y el mundo engañóme. Oh ¡cómo á mis ojos  
Brilló la hechicera liviana mujer!

Yo triste, á sus plantas cayendo de hinojos,  
Rendile, cautivo, mi vida y mi ser.

Busqué el blando halago en aquellas sonrisas,  
Que en labios de rosas vagaba sutil,  
Y nunca mas dulces me fueron las brisas  
Que un tiempo aromaban mi edad infantil.

Hablé con el alma de amor el lenguaje;  
Voraz un incendio mi pecho abrasó;  
Mi vida, mi todo, rendí en vasallaje  
Al ser prepotente que mi alma humilló.

Mas pronto las gratas ficciones huyeron;  
El Dios que adoraba marchóse veloz;  
El ídolo, el ara, deshechos cayeron,  
Y el templo quedóse sin culto y sin Dios.

Los ojos llorosos, el alma turbada,  
Consuelo á mi pena busqué en la amistad:  
Lanzéme á su seno. Mi mente encantada  
Pensaba en sus brazos hallar la verdad.

¡Error!... de sus labios salió la impostura:  
Brillando sus ojos con blando interés,  
Su voz resonando simpática y pura  
En lo hondo albergaba mentira y doblez.

Pues bien, á la gloria! grité entusiasmado  
Y al nombre de gloria vibró el corazon:  
Pulsé yo mi lira, sentíme inspirado,  
Y súbito el viento lanzó mi cancion.

Mas ¡ay! que en lugar de los himnos triunfantes,  
Que yo en mi delirio pensaba entonar,  
Del arpa se oyeron salir espirantes  
Los ayes dolientes de eterno pesar.

Y apenas de la amplia corona de gloria  
Un ramo tan solo tocaba mi sien,  
Que ya me pesaba la insulsa victoria,  
Y el ramo, hostigado, rompí con desden.

Así yo arrastraba mi triste agonía,  
El alma desierta, los ojos sin luz,  
Cual yerto cadáver que en tumba sombría  
Su fúnebre losa soporta y su cruz.

Mas vos indecisa llegasteis, Señora,  
La frente encendida de casto rubor,  
É incierta, turbada, á mi arpa sonora  
Pedisteis un canto de angustia ó de amor.

Entonces las selvas oyeron mi acento;  
En hondos desiertos mi voz no espiró;  
Mis cantos vibraron en alas del viento,  
Y el eco de nuevo mi voz contestó.

Y aquestas endechas que cuentan mi historia,  
Con sonos dolientes, al punto entoné;  
Si quedan grabadas en vuestra memoria  
La palma del triunfo, Señora, obtendré.

La bella esperanza de gloria tan nueva  
Me exalta, me llena de noble ambicion;  
Mi angustia pasada, mi enfado, se lleva,  
Y deja en el alma su dulce ilusion.

¡Oh! gracias, Señora, me habeis inspirado.  
¿Mi gloria presente con qué os pagaré?  
Mis cantos y mi arpa no mas me han quedado;  
Y mi arpa y mis cantos en pago os daré.

Y puesto que os debo la dulce quimera  
Que vuelve á mis ojos la luz que perdí,  
¡Oh! quieran los cielos que sea duradera,  
¡Oh! nunca su magia se aparte de mí.

### IMPRESIONES DE TEATRO

Venid impresiones, venid armonías,  
Volad cual visiones en torno de mí.  
Venid.... Los dolores, las penas sombrías  
Entrada importuna no tienen aquí.

Llegad, ilusiones, que absorto contemplo  
Y en alas llevadme de dulce placer.  
Yo sé que el teatro magnífico es templo  
Do se obra el misterio de vuestro placer.

Do quiera un deleite mi vista columbra,  
Fantástico un mundo se pinta á mis piés;  
Un piélago inmenso de luz me deslumbra,  
De cintas y gasas flotando al través.

Escucho el acento de música leve  
Que lleva hasta el alma su encanto feliz:  
Divisan los ojos mil rostros de nieve  
Do mezcla la rosa su rico matiz.

Esencia exquisita perfuma el ambiente  
Que exhalan los broches del rico clavel,  
Inertos prendidos al seno esplendente  
De ninfas mas bellas que el fresco verjel.

Allí se despliegan gallardas las flores,  
Ya no echan de ménos la fuente gentil,  
Ni de la floresta los tiernos cantores,  
Ni el que abandonaron risueño pensil.

Y allí cual retoños las vírgenes rosas  
Ostentan lozanas su fresco arbol;  
Pues ven en los ojos de tantas hermosas,  
Su fuente, su prado, su cielo y su sol.

¡Oh! todo me exalta, me ciega, me encanta,  
¡Oh! todo me presta su fuerte ilusion.  
Me llena el artista de amor si amor canta,  
Me altera si finge una horrible pasion.

Si veo suspira de amor y ternura,  
Si exhala un gemido, si miente un pesar,  
Mis ojos derraman simpática y pura  
De llanto una gota que quema al rodar.

¡Oh! do quiera un cielo mi vista columbra,  
Fantástico un mundo se pinta á mis piés;  
Un piélago inmenso de luz me deslumbra  
De cintas y gasas flotando al través.

¿Quién es esa bella que Venus no iguala  
Sin ricos tocados de régio valor,  
Que lleva por lujo, que lleva por gala  
En el albo traje prendida una flor?

¿Quién es la que puede con solo una rosa  
Posada en el seno mi pecho inflamar?  
¿Quién es esa fada, quién es esa hermosa,  
Sin oro, sin sedas, que sabe encantar?

¿Por qué extraño modo; por qué arte del cielo  
Tan linda parece su faz virginal?  
¿Deberá su encanto que causa mi anhelo  
A adorno tan pobre, tan simple y trivial?

Desprende, señora, del cándido seno  
Esa que me ciega magnífica flor:  
Que sepa si es causa del mal con que peno,  
Si influye en tu encanto y aumenta mi amor.

Que al caer en el suelo la flor desgajada  
Yo pueda de nuevo mirarte otra vez;  
Que sepa si es ella ó si es tu mirada  
Quien causa este daño, quien dá esta embriaguez.

Mas ¡ay! yo deliro. Detente, SEÑORA,  
No arranques del seno la mágica flor,  
Si tú destrozaras la flor seductora  
No fuera por eso tu encanto menor.

Mas ya te levantas y dejas el trono  
En donde cual reina brillabas sin par.  
¡Te vas y nos dejas en tanto abandono!  
¡Te vas y nos robas tu célica faz!

Te vas, sí; cesaron la música, el canto,  
Las risas que me hacen el seno latir,  
De nuevo el fastidio, de nuevo el quebranto  
El alma angustiada vendrán á invadir.

Así se consume la misera vida  
Buscando un contento difícil de hallar;  
Para una ventura tal vez desabrida  
Un mar de tristezas debemos surcar.

Mas ¡ay! yo te espero mañana, señora:  
La rosa no dejes en triste viudez.  
Al son de la orquesta brillante y sonora  
Espero en tu seno mirarla otra vez.

### MEDITACION

Es la hora deliciosa de la tarde.  
El sol envuelto entre dorada nube,  
Cual vespertino, espléndido querube  
Hace de su poder soberbio alarde.

Quiebra sus dardos ricos, luminosos,  
En el ténue vapor que lo circunda,  
Y el suelo, el monte, el mar y el cielo inunda  
De sus varios colores misteriosos.

Con régia majestad baja á su ocaso  
Y á proporción que la finiebla crece,  
Descolorido el mundo empalidece  
Teñido de un color blanco y excaso.

Mas esta palidez encantadora,  
Con su vaga, fugaz melancolía,  
Lleva hasta el pecho de su calma pía  
La languidez feliz y bienhechora.

Horizontes sin límites, profundos,  
Ruedan y se dilatan á lo léjos  
Do puso mil colores, mil reflejos  
El escultor sublime de los mundos.

Las estrellas avanzan lentamente  
Como flotantes lamparillas de oro,  
Con que ilumina el azulado coro  
El ángel de la noche trasparente.

De los montes las cumbres onduladas  
Flotan en el azul del éter vago,  
Cual los abismos del celeste lago,  
Sus crestas levantando tenebrosas.

Todo es magnificencia en las alturas:  
Globos sin fin la vasta esfera encierra:  
Todo es allí grandeza, y en la tierra  
Reposo, ambiente, amor y esencias puras.

La creacion parece que despliega  
De su nocturna pompa los primores  
Para obsequiar al sér que estos fulgores,  
Y tanta luz en los espacios riega.

La luna emperatriz, limpia, sin velos,  
Es el fanal de paz y de alegría,  
Que ilumina la inmensa galería  
De esa régia función que dan los cielos.

¿Por qué entretanto yo, triste, turbado,  
Sentado de mi valle en la eminencia,  
Al contemplar de Dios la omnipotencia,  
De mí mismo á pesar, gimo angustiado?

¿Quién á mi delicioso sentimiento,  
Quién á mi dulce y celestial delirio,  
Quién á mi blanda paz mezcla el martirio  
De un extraño pesar?... Mi pensamiento.

Él me revela ¡oh Dios! la soberana  
Obra de tu poder que atento miro,  
Mas me dice también que si hoy la admiro  
Yo, sér mortal, la perderé mañana.

Por él el corazón pretende ansioso  
Hallar tu forma y conocer tu esencia;  
Mas de su necedad, de su impotencia  
Hasta el abismo rueda tenebroso.

Te busco de la noche entre los velos,  
Te busco en el espacio constelado,  
Y en esas luces mil que has derramado  
En las profundidades de los cielos.

¿Mas qué me dicen al buscarte en ellas?  
Que cuando hacer el mundo resolviste,  
Entre el hombre y tu trono interpusiste  
Tu magnífico pórtico de estrellas.

Miro la creacion y me deslumbra;  
En tus obras, Señor, tu poder leo;  
Sospecho lo que habrá, por lo que veo  
En ese mar de soles que me alumbra.

Y al ver resplandecer tanto sistema,  
Polvo que huella tan gigante paso,  
Siento la fuerza inmensa de tu brazo  
Y me anonada mi impotencia extrema.

Pienso en el tiempo, en ese mar profundo,  
Cuyas ondas se agitan incansables,  
Y para cuyos senos insondables  
Cien siglos son iguales á un segundo.

Y al comparar mi instante diminuto  
Con esa eternidad que te reservas,  
Desdeño el sér ¡oh Dios! que me conservas,  
Y mi angustiada vida de un minuto.

Miro el éter azul, ilimitado,  
Que cuanto mas se mide, mas se extiende,  
Cuyo confin la mente no comprende  
Por mas que añada el cálculo cansado.

Miro ese campo inmenso y esplendente  
De sistemas sin fin, de orbes flotantes,  
Ese enjambre de mundos rutilantes,  
Que no hay signo en la tierra que los cuente;

Y al ver la inmensidad de ese conjunto  
Donde el ojo del hombre se extravia,  
Siento entonces que yo, polvo de un día,  
Ocupo en él un invisible punto.

Así pasan mis horas silenciosas  
Entre la admiración y el descontento;  
En las alas vago ya del manso viento,  
Ya abandono mis miras ambiciosas.

En el libro inmortal del infinito  
Á veces un renglon de muerte leo,

Y un ¡ay! oculto y fugitivo veo  
En sus eternas páginas escrito.

Ved entretanto al pobre campesino  
Que entusiasmado de placer delira;  
También la creacion absorto admira  
Junto á su techo rústico y mezquino.

Nada revela en él pesar ni duelo,  
Todo es deleite el venturoso aldeano:  
Sostiene el hacha su robusta mano  
Que suelta al fin para mirar al cielo.

Vaga en sus labios plácida sonrisa,  
Le interesan la luna y las estrellas,  
Y del sol que se va, las blancas huellas,  
Y el cielo azul y la nocturna brisa.

¿De dónde viene la embriaguez intensa  
Sin mezcla de inquietud que le domina?  
¿Por qué solo venturas imagina  
En cuanto siente y vé? Porque no piensa.

Bendito el hombre que en los campos mora,  
Cuya feliz, pacífica ignorancia,  
Le muestra de las flores la elegancia  
Y le esconde la espina punzadora.

Bendito el Labrador manso, inocente  
Que oculta su cabaña entre las breñas  
Para ese son las márgenes risueñas  
Y el agua que susurra mansamente.

Para ese son los ecos armoniosos,  
De las aves errantes el concierto,  
Porque ese nunca de un futuro incierto  
Intenta alzar los velos misteriosos.

Y para mi serán, no las venturas  
Del aldeano feliz que no medita!  
Sino la escena de su paz bendita  
Y de su fácil vida las dulzuras.

### CHORONI

¡Cuán dulce es ver las aguas cristalinas  
Ir por el valle susurrando amores,  
Y salpicar las hojas purpurinas  
Con sus blancas espumas, á las flores!

Y ver como sin tregua y sin descanso  
Con giros mil la retozona brisa  
En ondulantes pliegues, del remanso  
La transparente faz arruga y riza.

Y cuando tardo el sol y esplendoroso  
Su lumbre cuelga en la mitad del cielo,  
Y con su rayo ardiente y caluroso  
Deslumbra y quema el fatigado suelo;

Cuán dulce es reposar bajo la sombra  
De la seiba ramosa y extendida,  
Y entre la yerba ver que el suelo alfombra  
Correr la fuente que á beber convida!

Y esa ráfaga ver, arrebolada,  
Manto oriental de púrpura y de grana,  
Que el sol tiende en la bóveda azulada  
Al ocultar su lumbrera soberana.

Y cuando al aclarar en Occidente  
Su luz sepulta al fin su última estrella;  
¡Cuán grato es ver en el opuesto oriente,  
La aurora despuntar cándida y bella!

Y ver las perlas diáfanas, redondas,  
Que la noche al pasar dejó prendidas  
Sobre la abierta flor, colgando en ondas  
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entonces escuchar en la espesura  
De la paloma la sentida queja,  
Que mas que la expresion de su ternura,  
Un lamento trístisimo semeja.

Y al jilguero cantor que se extremece  
Al desatarse en dulce melodía,

Y que desde la rama en que se mece,  
Con sus himnos de amor saluda el día.

¡Oh descuidado y bello pajarillo  
Que vagas libre en pos de tus amores!  
¡Ah! cuánto envidio tu vivir sencillo,  
Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado  
Con que su amor tu compañera llora,  
El gorjeo sentido y delicado  
Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores  
Sin que te pesen importunas leyes,  
Que del aire los plácidos cantores  
No han menester repúblicas ni reyes.

Yo buscaré la dicha en tus cantares,  
En tus bosques la paz y la ventura,  
Y acallaré la voz de mis pesares  
De quieta soledad en la espesura.

## JOSÉ RAMON YÉPES

Nació en Maracaibo el 9 de diciembre de 1823.

Yépes es uno de los marinos mas distinguidos de Venezuela.

Como poeta, Yépes ha lanzado al viento, sobre el azulado loino de los mares ó en las inmensas soledades del desierto, docenas de cantares, dulces como la voz del ruiseñor, tristes como las noches de luna en medio del Océano, tiernos y dulces como el acento de la mujer que se ama. Pero si Yépes ha expresado en cadenciosos versos los mas íntimos sentimientos del corazón y las mas bellas aspiraciones del alma, también para ensalzar las glorias de la patria, cantar la libertad ó anatematizar la tiranía, ha hallado acentos terribles como el fragor del huracán desencadenado en mitad de los mares, como el estruendo de la catarata que se despeña espumosa, como la voz imponente de las florestas americanas.

### Á MI AMIGO M. HENRIQUEZ

EN LA MUERTE DE SU HIJO

I  
Á cada risueño amor  
Con que el hombre se engalana,  
Digo temblando : mañana  
Hay que llorar un dolor.

Pues bien y mal de tal suerte  
Tienen su peso y medida,  
Que un paso dado en la vida  
Es un paso hácia la muerte.

Pero allí do se derrumba  
El hombre, tras honda pena,  
Y la universal cadena  
Parece rompe la tumba,

No hay mas que un oscuro velo  
Que oculta de varios modos  
La luz que buscamos todos  
Entre los soles del cielo.

Flor de purísima esencia  
Fué tu niño, y me imagino  
Que apresuró su camino  
Por conservar la inocencia.

Pues que cualquiera lo acierta,  
Ó lo sabe, ó lo presume :  
Pierde la flor su perfume  
Al vendaval entreabierto,

II  
Yo no conozco una historia  
De mas dulce consonancia,  
Que la historia de la infancia  
En el libro de la gloria.

Pero, á la verdad, ninguna  
Otra mejor nos advierte,  
Que es esclavo de la muerte  
El hombre desde la cuna.

Con esa cifra, que alfombra  
Al mundo, nació tu niño,  
Risueño copo de armiño  
Que se deshizo en la sombra.

Mas también por ella unida  
Nuestra angustia á la esperanza,  
El hombre llorando alcanza  
La eternidad de otra vida.

En esa mar sin ribera  
De tan infinita calma,  
El llorado hijo del alma  
Tus bendiciones espera.

Que del hombre el desconsuelo  
Así Dios al bien aduna :  
Fija una escala en la cuna  
Para levantarlo al cielo.